

Una perspectiva latinoamericana Crisis y cambios en la aldea global

Mario C. Casalla

Para Juan A. Cortés, in memoriam

Si hay un tema filosófico central y urgente en el torbellino del pensamiento contemporáneo, éste es el del *sentido*, tema al cual están indisolublemente unidos los de la *interpretación* y la *significación*. La instauración de un sentido –tema cultural tan básico como complejo e inagotable– requiere permanentemente de estas últimas dos tareas: significar e interpretar. Y por cierto que el resultado no es nunca unidimensional, sino plural, abierto y en permanente conflicto. Lo que en realidad “instauramos” es una *red de sentidos*, en cuyo interior nuestras prácticas (individuales y sociales) adquieren alguna significación y eficacia. Una cultura no es en lo esencial otra cosa que esa red y hay casi tantas redes como culturas, aún cuando algunos alcancen mayor grado de universalidad que otras. Y esta advertencia, que por lo simple casi podría parecer banal, adquiere nueva importancia en la encrucijada contemporánea.

En un mundo cada vez más globalizado y unificado; donde las culturas y los valores han sufrido un notorio igualamiento y donde las tecnociencias ya juegan un papel decisivo en la política y en la economía, el tema del *sentido* reaparece con toda su fuerza. Es por este lado, por donde reaparece hoy creativamente el *juego de las diferencias*. En medio de lo planetario, antes que a la novedad o a la originalidad, las diferencias estarán raigalmente unidas a la problemática del sentido. Y sabido es la importancia de este pliegue (identidad/diferencia), para la suerte de una globalidad que aspire a ser algo más que el lecho del Procusto.

Además, del sentido (de la interpretación), se deriva siempre una *acción* (un acto) y ésta variará según aquél. Un grupo de hombres pasa corriendo, ¿escapan de algo o van tras alguna cosa? De la interpretación de este simple hecho, depende mi acción futura, ¿me uno a ellos; permanezco en el lugar o emprendo

mi propia carrera? Sentido y acción se requieren mutuamente ya que –aún en conflicto– no hay una sin el otro.

Por ello la instauración de un sentido, es siempre un *acto de poder*, pongo “lo que debe entenderse” aquello que “es real”, lo “verdadero” como opción dentro de un plexo de posibilidades. Y es, en esa misma dirección, también un ejercicio de mi *libertad*, es decir una opción y un riesgo. Por cierto que un poder y una libertad siempre relativas a una situación dada, pero precisamente por ello indisolublemente unidas al juego de las diferencias, en el cual ese poder y esa libertad se expresan.

De aquí que las prácticas de instauración de sentidos, de interpretación y de significación expresen, en lo más profundo de una cultura, su perspectiva de poder y su proyecto ético. Así, *cultura, moral y poder* están estrechamente vinculados y el conflicto de interpretaciones es siempre algo más que una discusión académica o científica.

Por ello, la interpretación en una u otra dirección de la situación contemporánea, implica participar –en medio de la crisis y la transición– en la construcción de esa red de sentidos. Nos encontramos hoy en medio de un crucial conflicto de interpretaciones, sumariamente representado en ese sencillo ejemplo de ver pasar unos hombres que corren. Darle un sentido a esa imagen implica ir delineando el propio camino.

Y por cierto, en la aldea global, ni los lugares, ni los proyectos, ni las posibilidades son todas iguales. Aún cuando cierta prédica constante, pretenda llevar hasta ese límite la borradura de las diferencias.

La crisis del sistema global

Precisamente como de interpretación se trata, me parecería oportuno considerar a la actual crisis terminal del modelo socialista, como parte de una

crisis mayor que comprende a la *totalidad* de los modelos culturales vigentes. Sin pretender presentar de ninguna manera un nuevo apocalipsis, está claro que el modelo capitalista que suele presentarse como recambio del anterior, también está en crisis. Es que se trata de la crisis de una *Weltanschauung* (la moderna) en su nivel más profundo (ontológico), la cual se expresa –por cierto– en todos los niveles y actividades humanas. Vivimos en los tiempos de la *modernidad consumada* y de ellos no se sale anteponiendo formalmente el prefijo “post” a gran parte de las viejas y realizadas ideas. Nuestra asunción del problema –sobretudo en perspectiva latinoamericana– debe ser de otro nivel y profundidad, so pena de confundir el árbol con el bosque.

Esta crisis global del *sistema* (modernidad consumada) se expresa hoy vehementemente en los dos *modelos* (capitalismo/socialismo) que aquél ha posibilitado. La profunda *identidad ontológica* de ambos modelos es notoria, tanto en su génesis (enfrentativa y especular), como en su actual crisis (cooperativa y complementaria). Capitalismo y socialismo son hijos directos de la Modernidad y por eso no es de extrañar que su crisis los arrastre por igual, aunque en distintos tiempos y medidas. Sus diferentes posturas y escalas axiológicas encuentran su sentido y razón de ser en *un mismo sistema*, el de la Modernidad; europea primero, consumada como planetaria hoy. Más aún, el denominado modelo socialista (real) es notoriamente un epifenómeno (reactivo) de su par capitalista, por eso en sus respectivas crisis es posible intercambiarlos o recombinarlos. La expresión “con rostro humano”, que puede anteponerse a cualquiera de los dos términos, es todo un *síntoma* al respecto. Cambian o no los rostros, las fachadas, pero permanece su portador esencial, lo cual no hace sino agravar la crisis. La experiencia de la propia ex URSS hoy, es un ejemplo palpable de ese proceso; a no ser que se pretenda tapar esa realidad –dolorosa antes y dolorosa ahora– con el suave (pero ineficaz) viento de las palabras. No se salió de la crisis popularizando, a comienzos de siglo, la subjetividad racional moderna (de Descartes a Marx); ni se saldrá en lo esencial de ella, ya en el fin de siglo, sustituyendo el estado por el mercado, o combinándolos a ambos (de Marx a Adam Smith). Lejos de ello esta circularidad *la agrava* porque ilusiona y entretiene momentáneamente, postergando el

debate (planetario) de fondo: la crisis irreversible de la *Weltanschauung* moderna. Precisamente porque es necesario continuar, evitar los saltos al vacío y el peligro de los nuevos fundamentalismos, ese debate debe comenzar de una buena vez y plantearse alejado de todo triunfalismo, ficción y oportunismo. Lo cual, a pesar de no ser fácil, es *impostergable*. Caso contrario, cuando las recetas momentáneas se acaben, las asignaturas pendientes resultarán abrumadoras.

Una inversión del diagnóstico y del pronóstico

Si se considera aunque mas no sea parcialmente cierta nuestra anterior interpretación –presentada aquí sólo en sus líneas más generales–, cambia tanto el diagnóstico como el pronóstico de nuestro presente. En primer lugar, desde ese punto de vista ontológico, no hay fracaso de un modelo y triunfo del otro (como si se tratase de una competencia deportiva), sino agotamiento cada vez más evidente del *juego* (sistema) total. La “enfermedad” socialista no indica per se la “salud” de su socio especular; ni la actual salud de éste, la existencia de un rumbo claro y definido para la humanidad (aunque nos apresuremos a bautizar el presente con la muy ambigua expresión “nuevo orden internacional”). Las contradicciones irresueltas para el mediano plazo dentro del propio modelo capitalista –hoy ya suficientemente documentadas y en incipiente debate–, no justifican triunfalismos ni optimismos demasiado sólidos. También el modelo capitalista, a su modo, se encuentra inmerso hoy en una crisis profunda. De no cambiar la orientación general del proceso (su sentido), es bastante probable que a la crisis de la versión socialista del sistema, le siga la de su costado capitalista (lo cual, dado su nivel de planetarización, sería aún más grave y no precisamente deseable).

Más que ante un “nuevo orden internacional” –como apresuradamente acostumbramos hablar desde la Guerra del Golfo– estamos en medio de un formidable *reacomodamiento* de fuerzas planetarias (y regionales) cuyo desenlace es, al menos, poco previsible. Es cierto que se han logrado reducir tensiones y estabilizar (en parte) la entropía del sistema; pero también lo es que

rápidamente se avisan *nuevos problemas* aún más graves en la escala global (cuya magnitud escapa al control de alguno solo de los poderes en juego).

Por otra parte los ensayos combinatorios y estabilizadores ensayados desde el interior de ambos modelos (socialdemocracias, capitalismo con rostro humanos, combinatorias varias de las relaciones entre mercado y estado, etc., etc.) no parecen fructificar demasiado y entran a su vez en reiteradas crisis. A poco de andar, se encuentran tan jaqueados como sus antecesores. El capitalismo se resiste al tan mentado “rostro humano”, tanto como los socialismos –alejados de sus ideales iniciales– no aciertan con alternativas superadoras. La corrupción, el desempleo, la falta de justicia social, la crisis de sus clases dirigentes, una peligrosa uniformación espiritual, se hacen sentir (planetariamente) en el interior de estos nuevos intentos. Lo cual, al mismo tiempo que destaca sus loables intenciones, ratifica el carácter *estructural* de la crisis que afecta al sistema en su conjunto. Una razón más para intentar –con imaginación– plantear nuevos caminos y oportunidades. Por cierto que a lo mejor estos planteos más de fondo requerirán su tiempo y acaso deban ir conviviendo con soluciones de circunstancias; más esto no es motivo para postergarlos indefinidamente e instalarse en la crisis recurrente.

Precisamente, “donde crece el peligro/crece también lo que salva”. Esto, si es que existe realmente una voluntad solidaria y transformadora.

Algunas primeras actitudes nuevas

Cuando se accede –aunque mas no sea parcialmente– a este nivel ontológico de la crisis, que aquí proponemos como ensayo provisorio de interpretación, es común que aparezca una cierta desazón que lleva a la pregunta clásica: ¿qué hacer, entonces? Esta emerge algunas veces para profundizar honestamente la perspectiva y otras para desacreditarla. Si somos capaces de perseverar en la primera de las instancias, veremos que nuestro planteo dista tanto del inmovilismo como del pesimismo. Aunque la Filosofía no suele ser la

disciplina más apta para deducir respuestas concretas y urgentes, puede por su carácter de “experta en crisis”, sí señalar algunas direcciones. Estas apuntan hacia cierto cambio de *actitudes* en el análisis.

Lo primero será evitar tapar la complejidad del problema permitiendo, por el contrario, que esa gravedad aflore y se discuta. No es ignorando, minimizando o directamente ocultando, como se resuelven las crisis. En segundo lugar, es también imprescindible evitar la adopción de soluciones rápidas o mágicas –generalmente surgidas desde el propio horizonte ontológico de la crisis–, cuya novedad suele ser más ficticia que real y terminan agravándola antes que reorientarla. Hay aquí también un largo recetario de ofertas y de fracasos, que deben servirnos de experiencia.

En tercer lugar, es necesario comprender con urgencia que la *globalidad* efectivamente instalada, impide tanto las soluciones puramente individuales, como torna suicidas a los planteos enfrentativos en el plano de la violencia material. En cuarto lugar, se requieren paciencia, imaginación y firmeza, para permitir que lo nuevo aflore aún en medio de lo consumado y vaya logrando los necesarios *consensos* y el consecuente *poder como* para producir esos cambios estructurales. Lo opuesto a esto (y por ello tan peligroso como la violencia y los fundamentalismos inútiles), son la resignación y el cinismo. Finalmente, es absolutamente menester una clara conciencia de la propia *situacionalidad* en un mundo en cambio: sin ella no es posible participar creativamente de la globalidad (sino limitarse a padecerla), ni defender puntualmente los legítimos intereses. Por eso, paradójicamente, un mundo auténticamente global requerirá más y no menos identidades nacionales y regionales; so pena que esa globalidad adopte la forma de un precario imperio planetario, con relaciones satelizantes entre sus componentes (posibilidades, hoy, ambas abiertas). Claro que, como contrapartida, debemos también renovar nuestro planteo de las identidades y las diferencias, teniendo en cuenta ese nuevo marco global y las responsabilidades que ello impone.

En el caso latinoamericano, esto es urgente y necesario. Nuevas realidades exigen nuevos planteos, pero estos no tienen (ni deben) estar desligados de nuestra tradición e intereses históricos. América Latina debe debatir y encontrar su propia *situacionalidad* en esta inexorable globalidad que la enmarca.

Algunos problemas éticos de alcance global

Sólo unos pocos, pero suficientemente decisivos y multiplicadores. Por cierto que se viven (y piensan) de diferente manera según sea el lugar que se ocupe en la “aldea global”. Sin embargo, por doquier, son (y serán) cada vez más acuciantes.

1) *La relación con la técnica*. Las tecnociencias constituyen hoy el núcleo central de la organización planetaria. Han desplazado a los antiguos “motores”; tanto del capitalismo como del socialismo (la tierra, el capital, el trabajo humano, los recursos naturales, etc.). Por ende una *correcta relación con la técnica* es fundamental para cualquier sociedad contemporánea. Sin embargo, las tecnociencias no son neutras y un diálogo sobre su sentido y eticidad, resulta cada vez más impostergable. Esto, tanto a nivel de la ética general, como de las denominadas éticas aplicadas. Algo en esta dirección, hemos querido apuntar en nuestra obra *Tecnología y Pobreza* (Fraterna, Bs. As., 1988).

2) *La continuidad digna de la vida*. Ligado al vertiginoso desarrollo de las tecnociencias, las alteraciones graves al ritmo natural planetario y las consecuentes amenazas para la vida (en sus diversos reinos), es hoy una posibilidad de primer orden. Nunca poder y peligros ciertos, habían coincidido tan puntualmente, aunque la publicidad de la cara positiva de los logros, haga olvidar o minimice su otro costado. A los lemas ecológicos ya popularizados (aunque no profundamente debatidos) hay que agregarles los que hacen específicamente a la modificación de la especie humana y su cultura (manipulación genética y del cuerpo humano como estructura física; fecundación asistida y sus múltiples quimeras tecnológicas; clonación, inteligencia artificial; manejo de realidades

virtuales, etc., etc.). Esta agenda inquietante motivó nuestro artículo "Los dioses clonantes. Ética y genética en la sociedad tecnológica avanzada" (*Revista de Filosofía Latinoamericana y Ciencias Sociales*, N° 17, Bs. As., 1992).

3) *Ofertas y posibilidades en la vidriera global*. En esta sociedad global todo está expuesto y en venta. Una sociedad de la ostentación reemplazó vehementemente al "recato del palacio" (no por ello más digno, aunque sí más tolerable). En ella todos somos potenciales compradores y beneficiarios. Sin embargo, sabemos bien que esto no es así para las tres cuartas partes de la humanidad y que esa brecha tiende a agrandarse, antes que a disminuir. Relación perversa, donde la visión aumenta un deseo estructuralmente frustrante para la mayoría. ¿Cuándo todo está expuesto y se puede, quién dirá a unos sí y a otros no?; ¿quién frenará y en nombre de qué valores la previsible "rotura de vidrieras" en condiciones extremas de subsistencia?; ¿o esto sólo será un problema policial (local y global)?; ¿quién sustraerá de esa puja un mínimo aceptable para todos?; ¿será el sólo mercado quien nos dará respuestas suficientes para todos estos problemas, a la manera del tan mentado "primer motor" aristotélico?; ¿qué formas adquirirá en la sociedad tecnológica avanzada el tema sempiterno de la *justicia*? Problemas ético-políticos, como se advertirá, hoy ya de alcances globales.

4) *La nueva problemática psicológica*. Acompañando a este marco global, están los problemas del individuo sometido a nuevas tensiones y realidades. Concentrándonos en algunos pocos, podríamos advertir sobre: a) la simultánea unidad de lo real y su creciente fragmentación; b) la promoción creciente de la individualidad, frente a las técnicas evidentes de manipulación y uniformación cultural; c) la caducidad de casi todos los antiguos espacios y lealtades, sin mayores propuestas de recambio; d) el aumento exponencial de la información –como valor en sí misma– sin el consecuente soporte de comprensión y saber; e) la obsolescencia evidente de las instituciones educativas y los conocimientos que las sustentan; f) los impactos en el mundo del trabajo, sin contrapartidas estratégicas (anticipatorias) de reconversión; g) las relaciones cada vez más conflictivas entre los valores de competencia y solidaridad; h) la industrialización

de los afectos, el sexo y la amistad; como contrapartida de una inextirpable soledad; i) la ilusión de una juventud y vida casi eternas y el consecuente desamparo frente al dolor y la muerte; j) finalmente, esa sensación –extraña y perversa– de poderlo todo, junto al sentimiento de no ser nadie; el poder de tenerlo todo, en un par de manos casi vacías.

Por cierto que este sumario –y los que lo antecedieron– distan de ser completos y exhaustivos. Sin embargo, podrían constituir una suerte de “agenda de fin de siglo” que -debidamente completada y consensuada- indica el camino posible de una *conversación*. Mientras ésta encuentre un hogar y un cierto calor que la alimente, hay razones fuertes para la esperanza. Acaso nuestra situación de latinoamericanos resulte –paradójicamente– una ventaja comparativa: siempre hemos tenido que imaginar e inventar más para poder seguir subsistiendo; la presencia de “lo otro” de “lo global”, está casi en nuestra partida de nacimiento.